

## HOMENAJE A EZEQUIEL\*

JUAN DE OLASO

Lo que más he extrañado de papá en estos interminables dos meses es, sencillamente, hablar con él; esas conversaciones por lo general imprevistas que podían encenderse con un mero comentario futbolero, deslizarse hacia una entretenida discusión metafísica, y derivar en ocasiones casi imperceptiblemente en un terreno confesional.

Hay ciertamente un rasgo del viejo que ya desde muy chico me llamaba poderosamente la atención, me intrigaba, me conmovía, y creo que me contagiaba también. Él podía estar hablando de cualquier tema, pero si acaso evocaba alguna pincelada magistral de Platón, de Leibniz, o de Gardel, en ese preciso instante sus ojos se humedecían y su voz se quebraba, arrastrándose fatigosamente hasta terminar la frase.

Papá era, esencialmente, un tipo apasionado, y creo que eso ha sido lo más hermoso que nos transmitió a lo largo de su vida. Cuando el año pasado presencié una clase que dictó en la Universidad de San Andrés, sobre cuestiones netamente introductorias a la filosofía, no podía creer el grado de entusiasmo con el que hablaba, una vez más, de los mismos temas.

El viejo era una persona capaz de encontrar, a cada momento, formas pintorescas de divertirse en situaciones poco divertidas. Con tan sólo un poquito de realidad, de la realidad más banal —alguna máxima de un taxista, por ejemplo— podía entretenerse y entretener durante toda una tarde. Un día le pregunté si no se aburría saliendo a caminar solo durante, por ejemplo, una hora.

Bueno, hoy justamente me volví caminando de la Facultad —me contestó rápido, como si hubiese estado esperando hacerlo. Mirá, entre Primera Junta y Parque Centenario recité unos pasajes de Virgilio; después traté de reconstruir

\* Palabras leídas en el Homenaje a Ezequiel del 30 de julio de 1996, al que invitaron a Martha, Miguel, Juan y Manuel de Olaso con la adhesión del Centro de Investigaciones Filosóficas (CIF), Fundación José Ortega y Gasset Argentina, Universidad de Buenos Aires y Universidad de San Andrés.

Ezequiel falleció el 27 de mayo de 1996; había nacido el 15 de junio de 1932.

una partida antológica entre Larsen y Karpov, y eso fue creo que hasta Bulnes y Gorriti, más o menos; y en las últimas quince cuadritas pensé —sin mayores hallazgos— posibles títulos para el libro.

*Evidentemente no se aburría; menos aún, caminaba solo.*

Hace unos años lo acompañé a España a una deliciosa expedición académica, donde compartimos muchas cosas, nos reímos de muchas otras, y hasta llegamos a entonar de una manera etílicamente bochornosa alguno que otro tango.

Recuerdo claramente aquella última noche, en Madrid, que salimos a dar una vuelta, cuando en un momento me agarró del brazo y me dijo “íche, qué bien la pasamos! ¿no?”. Después de mi respuesta afirmativa —que consistió en palmear su espalda y sonreír— me agradeció sinceramente haberlo acompañado; hizo entonces una pausa llamativamente larga, como si estuviese tomando envión para dar un gran salto; por fin remató con dolor y posterior alivio: “vos sabés que yo no pude aprovechar a mi padre”.

Una cosa que me ha enseñado desde siempre es a discutir, pero a discutir con él mismo, con sus propios argumentos. Con el correr del tiempo me di cuenta de que eso era algo que él, como profesor, valoraba enormemente: con genuino orgullo me contaba que en tal o cual cursada de Moderna se había encontrado con alumnos destacados; eran precisamente aquéllos con los que podía discutir. Acaso algo de esta enseñanza nos haya impulsado a hacer este homenaje, dedicado a la memoria de quien curiosamente deploraba los homenajes.

Días atrás Manuel\*\* hacía la siguiente reflexión, a partir de la rica experiencia de haber leído y descifrado algunos cuentos junto al viejo: el nombre de uno de los últimos artículos que escribió, “Jugar en serio”, parece una perfecta síntesis de la singular manera en que el viejo pensaba, trabajaba, y vivía.

Sobre su figura hay un sinfín de anécdotas memorables. Más aún dada su reconocida habilidad para relatar anécdotas memorables. Pero quisiera rescatar hoy especialmente una que lo tuvo como protagonista en plena internación; no sólo porque lo pinta de cuerpo entero con notable precisión, sino porque les dará una muestra cabal de lo lúcido que estaba.

Entra el cardiólogo a la habitación para comunicar el resultado no del todo alentador de una prueba de esfuerzo. Amén de imprecisiones retóricas elocuentes, su tono es francamente ambiguo y nuestra incertidumbre, creciente:

\*\* Hijo menor de Ezequiel, hermano de Juan y Miguel de Olaso.

— Ezequiel, como le decía [...] los pasos que vamos a seguir de ahora en más [...] dado que su situación arterial no es del todo óptima [...] eh [...] no diría mala, mala no, porque es razonable, pero...

— A ver si nos entendemos, doctor —replica enfáticamente Ezequiel, acomodando en el mismo acto su almohada y sus anteojos. Usted dijo: primero, tal cosa; segundo, tal otra; tercero, como consecuencia de las dos primeras, tales otras; etcétera.

El informe cardiológico se había transformado ante la perplejidad del especialista, en un problema de lógica; o en todo caso, la conversación ingresaba —muy a pesar de quien la había iniciado— en el más irresistible de los campos para Olaso: el de la argumentación.

Por último, voy a leer las líneas finales de una nota escrita por el propio Ezequiel cuando se cumplía un año de la muerte de Borges: “Ha terminado para él la tensión agnóstica que nos trabaja a muchos. Ahora sabe, o ni siquiera ignora. Imaginemos que el buen Dios le ha ofrecido el Paraíso, la eternidad del puro deleite contemplativo, un Aleph interminable.”